



Cuadernos de Foro Republicano N° 1

Consejo de la Cultura • Santiago
Marzo de 2012

Qué es cultura
Pablo Montt Prado

Los desafíos de una cultura humanista
Annamaria Barbera • Claudio Abarca



Presentación

A mediados del año 2010, un grupo de personas comenzó a pensar en la conveniencia de ofrecer una nueva instancia de reflexión y participación ciudadanas.

Los impulsaba la necesidad de congregarse a muchos chilenos en torno al concepto de un Chile humanizado, un país con mejores perspectivas para la dignidad de la persona, para el fortalecimiento de la vida y de la familia, para el desarrollo de los cuerpos intermedios, para el despliegue de las virtudes, para los requerimientos del servicio público, para una mejor educación, un trabajo mejor reconocido, y una cultura integral.

Llamaron a su proyecto Foro Republicano.

Ismi Anastassiou, Sebastián Bürr y Thomas Leisewitz han encabezado esta iniciativa, con la estrecha colaboración de Benjamín Correa, Álvaro Ferrer, Pedro Fierro, Carlos Frontaura, Max Pavez y Gonzalo Rojas en Santiago, así como de Pelayo Alonso, Rodrigo Alonso, Leyla Anuch, Luis Felipe Moncada, Sergio Núñez, Carlos Salazar, Max Silva, Luisa María Soto, Javier Vera, Cecilia Ubilla y José Luis Widow, entre muchos otros, en regiones.

En agosto pasado, se llevó a cabo en Santiago el acto fundacional de Foro Republicano, y entre octubre de 2011 y enero del presente año, se concretaron varias fundaciones regionales, en Viña del Mar, La Serena, Concepción y Osorno.

En cada uno de esos encuentros, el diálogo entre los centenares de participantes ha sido abierto y entusiastamente comprometido.

Como resultado de esas convocatorias, en todas las ciudades mencionadas se han formado Consejos temáticos, para trabajar tanto en las proposiciones teóricas como en las acciones prácticas.

Se han constituido así los Consejos de Fortalecimiento Regional, de Pobreza y Superación, de Educación Integral, de Reformas Institucionales, de Economía y Nuevas Relaciones Laborales, de Promoción Fami-

liar y Humana, de Comunicaciones Veraces y de Cultura.

Justamente el Consejo de Cultura de Santiago ha terminado la primera parte de su trabajo, y puede ofrecer ya, por lo tanto, un aporte inicial de Foro Republicano a la comunidad nacional.

Integrado por Claudio Abarca, Julio Alvear, María Inés Amenábar, Annamaria Barbera, Andrés Barrientos, Marco Gambino, Ramón Huneus, Pablo Montt, Joaquín Muñoz, Oscar Muñoz, María Angélica Purcell, Rodrigo Pérez Stiepovic, Gonzalo Rojas, Paula Schmidt y Javier Silva, este Consejo presenta hoy los trabajos de tres de sus integrantes, que dan comienzo a una serie de Cuadernos de Foro Republicano.

En el futuro, cada uno de los Consejos encontrará en estos Cuadernos un espacio idóneo para dar a conocer sus planteamientos, de modo que la serie contribuya efectivamente a la formación de los integrantes de Foro Republicano, dé a conocer esta iniciativa ciudadana a la comunidad nacional y ofrezca propuestas y soluciones concretas para los problemas de Chile.

Santiago, marzo de 2012.

Qué es cultura

Pablo Montt Prado, arquitecto.

INTRODUCCIÓN

En su sentido más amplio, la cultura es un fenómeno íntimamente relacionado con el devenir humano y el prodigio de la vida. Con el tiempo, el término cultura ha ido adquiriendo múltiples acepciones, y esa inmensidad conceptual ha generado un significado vago, extenso y difuso, al que habitualmente se le asocia algún apellido, o se confunde con manifestaciones artísticas o intelectuales, creyendo así otorgarle un mayor rango de precisión, que la palabra cultura no logra por sí misma, y que ninguna otra palabra proporciona. En este contexto, definir “qué es cultura”, como concepto universal, es difícil pero no imposible. En consecuencia, y a modo de inicio, sin hallar un vocablo que pueda entregarnos un significado exacto, pero en la esperanza de que otro lo encuentre, he preferido utilizar la palabra fenómeno, en el sentido de prodigio, portento, manifestación, revelación, expresión, suceso y acontecimiento, adjuntándole el apellido humano, puesto que la cultura sólo ocurre como fenómeno de nuestra especie, y abarca toda su realidad en el tiempo y el espacio.

En cuanto fenómeno, la cultura es neutra, y puede influir positiva o negativamente en cada persona, sociedad y época. De hecho, existen manifestaciones culturales de todo tipo, y, como veremos en el desarrollo de este análisis, la expresión cultural dependerá principalmente del enfoque que imprima a este fenómeno el factor humano, esencialmente diverso. Sin embargo, siendo un proceso que deja huellas en el tiempo y en el espacio, su neutralidad es relativa, puesto que ningún hombre es indiferente al panorama cultural de su propia época. El presente análisis intenta primero recuperar, desde nuestra tradición cristiana occi-

dental, el tan desdibujado concepto de cultura, y colocar a la persona humana como principal protagonista y agente cultural. En segundo lugar, pretende sentar unas mínimas bases para iniciar una reflexión que nos permita descubrir y reforzar nuestros rasgos de identidad nacional, sobre los cuales podamos trabajar para hacer de Chile un país más humanizado.

I ETIMOLOGÍA

- Cultura:** Del latín "*collere*", que significa cultivar la tierra. Culto, cultivo, raíz.
- Culto:** Virtud de la religión, que expresa la relación del hombre con la divinidad y lo sagrado. Expresión del anhelo natural de trascendencia y de amor.
- Cultivo:** Buscar, observar, encontrar, estudiar, aprehender, comprender. Remover, cavar, arar, surcar, labrar.
Fertilizar, abonar, sembrar o plantar, regar, podar, revisar, cuidar. Conceptos todos que significan trabajo, tarea, misión, y que atañen a la persona, consigo misma, con sus semejantes y con su entorno.
- Raíces:** Raigambre, fundamento, cimiento, base, apoyo, soporte, puntal, estribo, motivo, razón, causa, principio, origen.

II DEFINICIÓN

La cultura es un fenómeno humano¹, espontáneo, necesario, de carácter conceptual, dinámico, diverso y universal. Constituye un recipiente complejo, que contiene y expresa la síntesis del comportamiento del ser humano. Devela, reserva, guarda y cautela el alma humana, el modo de ser y hacer, el sello propio, el genio y el sentimiento del hombre, tanto en forma universal como respecto de una época o de una región. Se determina y materializa por la inagotable diversidad de la obra

1. Decimos humano, porque sólo le sucede al hombre. Espontáneo, porque nadie necesita proponérselo; simplemente acontece. Necesario, porque el hecho mismo de la vida implica sacar conclusiones sobre ésta. Conceptual, porque de la experiencia acumulada se extraen las esencias del comportamiento. Dinámico, porque el comportamiento se adecúa según cada circunstancia. Diverso, por la diversidad de las circunstancias y de las personas. Universal, porque le sucede a toda persona, en toda época y lugar.

física e intelectual del hombre, un ser esencialmente creativo e innovador. Esta compleja realidad configura rasgos de identidad en los diferentes pueblos y sociedades.

III DESARROLLO

1. Acervo y patrimonio.

Tradicionalmente, tanto del modo más elaborado como del más elemental, la cultura ha sido considerada sinónimo y expresión del extenso acervo² de tareas humanas, todas necesarias para “construir un ambiente propicio a la vida”. Idealmente, un ambiente de felicidad, donde la persona humana encuentre su sentido y trascendencia. Mirada así, la cultura resulta ser la representación de la vida misma, resumida en tareas y hábitos, signos y símbolos, lenguajes y expresiones artísticas, tradiciones y ritos, convenciones y acuerdos, modelos y estructuras de organización, que progresivamente configuran un patrimonio basado en el ineludible y serio compromiso con nosotros mismos y con los demás, para subsistir, desarrollarnos y trascender, intentando plasmar nuestros sueños, anhelos y metas. Comporta una tarea a la cual nadie en el planeta ni en la historia puede sustraerse. Es asimismo la expresión de un acervo del comportamiento histórico dentro del proceso natural de desarrollo, crecimiento y madurez del hombre y la humanidad.

2. Cosmogonía que ilumina el camino.

A lo largo de la historia, el desafío de construir un ambiente para la vida, propicio y no adverso, nos conducirá necesariamente a buscar hasta encontrarlo, abstracta y concretamente, el sentido, la finalidad y el significado esencial de la vida humana y la realidad. Según cuán acertada o equivocadamente recorramos esta ardua búsqueda de nuestra esencia y la de las cosas, la cultura será un reflejo de la luz o de la oscuridad. Ello nos obliga a adquirir una cosmovisión, una suerte de convicción universal, que nos orientará hacia y hasta dónde debemos llegar. Nadie trabaja en vano, sino para seguir un camino, alcanzar una meta y

2. Acervo. Cúmulo, montón, conjunto, aglomeración, masa, colección, acumulación, acopio, caudal, capital, pertenencia, posesión, bagaje, propiedad, fondo, patrimonio. El acervo es constitutivo de la cultura, porque configura en el tiempo un patrimonio social transmisible de generación en generación.

cumplir una misión. En consecuencia, nos será imprescindible adquirir además nuestra propia convicción personal sobre el camino, la meta y la misión³, y en tal proceso jugarán un importantísimo papel las raíces y fundamentos, porque el acervo cultural es la herencia natural que nos permitirá situarnos mejor ante esas tres instancias. Así, esta tarea de todos (una etnia o un pueblo) es también una responsabilidad ineludible para cada persona.

3. Carácter universal y particular.

Como se ve, sin ignorar su carácter universal, no debe sustraerse del prodigio cultural la relevancia de la relación que establece cada individuo con su entorno, con el tiempo y con sus semejantes. Habida cuenta del propio sentido existencial, común entre congéneres, contemporáneos, coetáneos y coterráneos, seremos cada uno y todos quienes edificaremos solidariamente la cultura. Según cada persona, tiempo, lugar, pueblo y época, cada vez suscitaremos un genio, un sello, un sentimiento, único y original. Con propiedad hablaremos de la cultura, de las culturas, y también de subculturas. Si decimos cultura occidental, oriental o asiática, necesaria y respectivamente consideraremos la helénica y la romana, la europea y la americana, la persa y la arábiga, la india, la china y la japonesa, etc. Así, también serán gravitantes infinidad de otros factores, por ejemplo, un liderazgo, una catástrofe, una guerra, una época.

4. Expresión dinámica y multifacética de la identidad y diversidad del hombre y la humanidad.

En términos simples, la cultura puede ser reducida al cultivo de un acervo de tareas connaturales al desarrollo integral del ser humano, y situada así en el umbral de un concepto universal y permanente. Comprendámosla también como un proceso dinámico, diverso y plural, que gradualmente adquiere un significado multifacético, del mismo modo en que el hombre lo es. Resulta ser el reflejo no sólo de un saber verná-

3. Pocas veces consideramos que cada tarea humana tiene su origen en la libertad de cada persona, en una razón de ser y en una intencionalidad previa, clara y definida. Por el contrario, es común caer en el error de creer que la naturaleza humana y el comportamiento de las personas son efectos causados por predeterminaciones evolutivas, por el azar, o tienen orígenes mágicos, u otros igualmente carentes de sentido.

culo, por ejemplo, la belleza de los utensilios domésticos, la gastronomía, las danzas o las artes; expresa además la identidad y diversidad del hombre y la humanidad, que permanentemente construye nuevos escenarios de vida, donde surgen inéditas interpretaciones, y a veces imprevistas circunstancias. Por eso es impropio reducirla a la mera expresión artística, académica o intelectual, porque también forman parte de la cultura el ocio y el negocio, el deporte, la moda, el comercio y la política; la vida en el campo y en la ciudad, dentro de la industria o de la empresa; los juegos de los niños, nuestras diversiones, nuestras maneras de pasar las vacaciones; el ingenio y la innovación; el modo cómo abordamos el trabajo cotidiano, o revivimos y actualizamos nuestros ritos y tradiciones.

5. La persona humana, principal agente cultural.

Resulta una buena paradoja que esta creciente complejidad del concepto de cultura, la multiplicidad de acepciones que ha adquirido con el paso del tiempo, en vez de alumbrar un espacio propicio para que el hombre desarrolle su vida, muchas veces lo dificulte y oscurezca. Actualmente, una errónea inversión en el orden de los factores no sólo olvida, sino que incluso niega abiertamente el factor humano, y reviste a la “estructura cultural” de una artificiosa preeminencia, casi provista de vida propia, capaz por sí misma de determinar el comportamiento humano. La falta de una mínima formación intelectual y la carencia de sólidos conceptos y principios impiden descifrar, distinguir e interpretar correctamente cada aspecto, cada visión, cada nuevo enfoque del interés humano sobre las actuales o las anteriores circunstancias que afectan el devenir del hombre. Así se explica el error tan común, y cada vez más habitual, de reducir la trayectoria humana a un panorama oscuro y confuso, difícil de comprender o explicar, a veces absurdo, donde cada sujeto resulta ser una especie de marioneta manejada por una estructura de hilos invisibles, urdida y controlada a su vez por fuerzas y mecanismos incomprensibles para nuestra inteligencia. Bloqueada la prerrogativa exclusiva de la persona humana en su capacidad crítica y determinante, esta reducción del concepto cultural pretende instaurar la estructura social como único o al menos principal agente cultural, considerando al hombre como un ente pasivo o reactivo, en ningún caso proactivo y determinante. Es indiscutible que el entorno circundante, el paisaje, la geografía, el clima y los eventos de la naturaleza,

la época, una guerra, una revolución, el ambiente social, la política, las instituciones, las tradiciones, y por último la propia cultura inciden en el comportamiento humano. Sin embargo, sin desconocer ni menospreciar esos factores externos, no se puede negar que son los individuos o grupos de individuos quienes finalmente convocan o suscitan carismas y nuevas épocas, y ese proceso deja en evidencia a la persona humana, como el agente cultural por antonomasia. El hombre es el único sujeto capaz de introducir verdaderos cambios en las estructuras, que por sí mismas son inertes, pasivas y estáticas. Finalmente el hombre, por su propia naturaleza autónoma e inteligente, necesita adquirir una sólida convicción sobre sí mismo y el universo espacio-temporal, que fundamente y otorgue sentido y certeza a su comportamiento personal y a su convivencia social, y que además lo impulse (a unos más, a otros menos) a actuar y participar en el desarrollo sociocultural.

6. Las estructuras y procesos sociales.

Entendida como característica inseparable del desarrollo humano, la cultura experimenta progresivamente una evolución que le confiere un significado cada vez más complejo, y lo mismo ocurre con la trayectoria de la humanidad, debido a una infinidad de factores, entre ellos el aumento de la población. Quizás el sinónimo más determinante adviene durante el Siglo de las Luces, cuando al concepto de cultura se asocia el de civilización, expresando ahora un proceso de evolución social, que transita del estado salvaje a la barbarie y de ésta a la civilización, adoptando de paso un nuevo hijo llamado progreso. A partir de ese momento, junto con las nacientes ciencias sociales: antropología, sociología, psicología y economía, la cultura pasa a ser comprendida como un proceso social responsable de los cambios culturales. Adquieren relevancia el fenómeno, el movimiento y la movilización sociopolítica⁴.

Durante la segunda mitad del siglo XX se incorporará la visión estructuralista⁵ como agente de cambio cultural. Miradas más complejas,

4. Un ejemplo es la Guerra Fría. A fin de establecer el deber ser de un pretendido bienestar social, fue cuna de innumerables movilizaciones sociopolíticas en una u otra dirección, conflictos y conflagraciones internacionales marcadas por el antagonismo entre los polos opuestos del capitalismo liberal y del socialismo marxista.
5. El estructuralismo se concentra en mirar dentro de la cultura una suerte de trama o patrón universal de signos y símbolos, donde lo más importante es esclarecer las reglas que subyacen a la articulación de dicha trama, para descubrir cómo sus signos y símbolos dan sentido a la actuación social. Desde hace algún tiempo se encuen-

y otras aún en desarrollo, como el neoevolucionismo, el ecofuncionalismo y el materialismo cultural, suplantarán el protagonismo de la persona humana, atribuyendo la génesis cultural a las “estructuras en proceso de cambio”. Simultáneamente, la cultura global de nuestros días está generando nuevos escenarios culturales, como por ejemplo las redes sociales, e instaurando una paradójica suerte de relativismo-colectivismo-individualismo universal. Ahora no es la velocidad, la aceleración de los hechos, que maravilló al modernismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, lo que impacta nuestro quehacer diario, sino la simultaneidad de los acontecimientos, que nos bombardea desde todos los lugares del mundo con múltiples y disímiles opiniones capsulares. Este vértigo informático nos obliga más que nunca a indagar y comprender nuestras raíces y fundamentos, para no perdernos en la exuberancia de un nuevo paisaje virtual cada vez más verosímil, que se suma al paisaje geográfico y social de este momento. Es en este complejo panorama donde nos toca construir los futuros escenarios propicios a la vida. Esto no significa que estemos en crisis, ni al borde del colapso; simplemente se trata de nuestro mundo, de nuestro tiempo, y es aquí, nos guste o no, donde tenemos que vivir. Hacer el bien para estar bien. Este es el asunto crucial de la vida, su desafío continuo y permanente: buscar seriamente el modo más adecuado de hacerlo. Justamente de esto da cuenta la cultura.

7. Cultura y raíces.

De la raíz etimológica *collere*: cultivar la tierra, obtuvimos los términos asociados de “raíz y fundamento”. Pero una raíz delgada y poco profunda, o un fundamento superficial y de poco peso resultan inconsistentes. Así, cada vez que nos aventuramos en la búsqueda de raíces y fundamentos, necesitamos escudriñar en las profundidades del cono-

tran en desarrollo nuevas revisiones y reinenciones del concepto de cultura, de carácter neoevolucionista y ecofuncionalista, que pretenden establecer puentes entre las ciencias sociales, las ciencias naturales y la ecología. Por su parte, el materialismo cultural establece tres planos, llamados infraestructura (producción, tecnología y geografía), estructura (sistema político-social) y supraestructura (religión, moral, leyes, expresión artística), y el modelo científico de cultura introduce el concepto de “meme”, que es una unidad o trozo elemental de información adquirida, de tal manera que la cultura actual de un individuo correspondería al conjunto de “memes” presentes en el cerebro de cada cual.

cimiento, de la memoria, de la leyenda, del mito y la fe, hasta encontrar el génesis, la semilla primigenia. Pareciera que mientras más atrás o a mayor profundidad lleguemos, obtendremos mayor certeza y confiabilidad para determinar correctamente el origen del cual emana y en el que se sustenta aquello que necesitamos comprender.

Efectivamente, existe un momento en que la semilla germina y da inicio a un nuevo proceso de crecimiento, maduración, florecimiento y fructificación. No obstante, muchas veces habremos de conformarnos con aceptar la leyenda, el mito, y también el dogma. Descubrir la raíz nos permite apreciar el tamaño del fundamento, y nos revela asimismo la forma y envergadura de la obra que es capaz de sustentar. Ambas figuras vienen a significar también el origen de algo, su punto de partida. En la primera se requiere una semilla; en la segunda, una piedra o una argamasa, y en ambas un trabajo previo: la excavación, el relleno y el cuidado, esto es, sentar las bases para construir o edificar aquello que puede llegar a ser.

Contentarse con encontrar el origen de la cultura no constituye una razón suficiente para que ésta se mantenga y prospere. Darse por satisfecho con ese solo descubrimiento transformaría esa tarea en una suerte de arqueología estéril, y la cultura en un hecho monótono y estático. Por el contrario, comprobamos que, aun no estando presentes los hombres ni las obras que dieron origen a nuestra cultura, la aventura cultural persiste, crece, madura y produce nuevos frutos. Ello se explica porque en aquel origen el hombre pudo descubrir tan sólidamente un modo de hacer y de comprenderse a sí mismo, como también su entorno y su misión, que pudo transmitirlo a su descendencia, transformándolo en el legado que llamamos tradición.

La verdadera razón de buscar nuestras raíces está en ir desde nuestro tiempo hasta el origen, para extraer la esencia y el sentido primigenio de la vida, y luego volver a nuestra época para contrastar ese hallazgo con nuestras vacilaciones e inquietudes, nuestros anhelos, sueños y expectativas; en definitiva, con nuestro mundo y sus circunstancias. Así los ritos tendrán sentido en la medida en que sirvan para revivir y actualizar esa sustancia que inmemorialmente nos ha permitido enfrentar cada encrucijada y coyuntura a lo largo de la historia, gracias a lo cual hemos podido madurar, crecer y desarrollarnos humanamente. De igual forma, la innovación, inherente a la creatividad humana, siempre requerirá como referente el depósito de experiencias acumuladas en la tradición. Consecuentemente, conservar la tradición tiene sentido

sólo cuando lo que se pretende conservar es esencialmente útil⁶ para la vida humana.

8. Nuestra raíz cristiana occidental.

Al escudriñar la historia de la humanidad desde nuestra perspectiva cristiana occidental, verificaremos que la fe judeocristiana, conjugada con la civilización grecolatina, nos entrega un compendio de rotundas verdades, que explican el sentido del universo y en especial del hombre, su camino, su tarea y misión. El primer aporte fundamental del judeocristianismo a Occidente fue concebir el universo como una creación divina, la vida como un don sagrado de Dios, y al hombre como su criatura predilecta. El segundo, establecer que es prerrogativa de Dios determinar el bien y el mal, y que cuando el hombre se autoerige en soberano del bien y el mal comete un error colosal, una trasgresión contra natura. Por eso está llamado a vivir con inteligencia, prudencia y humildad según la ley de Dios. Una tercera revelación es que Dios es amor, y su ley no es un yugo, una carga o un imposible; por el contrario, restaura y eleva la naturaleza humana caída, ilumina nuestro camino y salva al hombre.

Por su parte, la cultura grecolatina, al margen de los principios de la política, la democracia o la república, el estado de derecho, la lógica, la moral y la ética, el método científico, etc., nos ha legado algo mucho más de fondo para la humanidad: la certeza definitiva del hombre sobre sí mismo y sobre el universo. Que las cosas son lo que son, no lo que aparentan, y que nada puede ser y no ser a la vez. Que cada cual tiene la capacidad para discernir sobre ello. Que somos capaces de conocer y abstraer de cada cosa su esencia, y a partir de eso elaborar ideas, juicios y conclusiones, decidir, actuar, evaluar y corregir nuestros actos. Que somos capaces de distinguir el bien, y por lo tanto capaces de amar.

En términos generales, el mayor legado de nuestra cultura occidental, grecorromana y cristiana, está sustentado en el llamado principio de no contradicción y en la capacidad esencialmente libre y autocrítica de los hombres enfrentados a la necesidad de construir un ambiente propicio a la vida, de acuerdo a la ley de Dios. De esta convicción se desprende la importancia de la responsabilidad personal sobre el sentido del espacio y el tiempo, el aquí y el ahora. Nadie hará o dejará de hacer

6. Útil para la vida, quizás inútil para el utilitarismo de nuestros días.

por mí lo que sólo a mí me corresponde. Ningún acto humano, por más irrelevante que parezca, carece de sentido y de consecuencias, ahora y después, sobre mí y los demás, respecto de mi tiempo y del que vendrá.

Amparada en esta concepción del hombre y el universo, una enorme porción de la humanidad, durante siglos y milenios, ha ido fraguando, con aciertos y errores, la llamada cultura cristiana occidental, y lo seguirá haciendo. Construirá la lógica, la moral y la ética que impregnarán el resto del desarrollo dinámico, diverso y plural en Occidente, tan distinto al modelo instaurado por las culturas asiáticas, ancladas en un concepto panteísta del hombre y el universo, el determinismo de la reencarnación, la aniquilación del juicio de la mente y la búsqueda de un pretendido equilibrio entre las fuerzas del bien y del mal, que generan una cultura estática donde se pierde el sentido de la dimensión en la noción del tiempo y el espacio.

9. Culto y cultura.

En consonancia con lo anterior, dentro de la noción del hombre como un compuesto de alma y cuerpo, adquiere relevancia la palabra culto, que nos sugiere significados de carácter pedagógico, litúrgico y trascendente. Podemos considerar el culto como el cultivo de hábitos humanos espirituales: cultivar el ser, cultivar-se, cultivar-me, cultivarnos. Esto implica tanto una introspección como una proyección o una trascendencia, esto es, entrar en lo profundo de mi alma y evaluar o conjugar mi esencia para comprender la esencia de las demás personas y de las cosas, pero también buscar la esencia y el umbral de las cosas que están más allá, tras el horizonte visible, hasta vislumbrar ese origen que confiere bondad intrínseca a todo lo existente y que nos resulta sagrado, divino, infinitamente más portentoso que todo lo demás.

10. Espacio y tiempo.

Conviene considerar también la necesidad de conquistar un lugar, adquirir un sentido de pertenencia y tomar posesión del espacio y el tiempo. Es lo que entendemos por habitar. El esfuerzo desplegado en construir el habitáculo, la aldea y la ciudad, expresa sin duda esa necesidad de hacerse un espacio, conquistar un lugar propio y arraigarse para desarrollar la vida en el plano personal, familiar, social y trascendente, donde inevitablemente necesitaremos construir una casa para Dios.

11. Conclusión.

El fenómeno humano de la cultura consiste en un continuo proceso de discernimiento de nuestras verdaderas raíces y fundamentos, que nos alumbran la forma adecuada de cultivar la vida humana y el modo de trascender hacia lo sagrado y divino. Es un viaje hacia la maduración y el crecimiento, por el cual el hombre y la humanidad van convirtiendo sus potencialidades naturales en capacidades reales que antes no se tenían. Esta visión deja en evidencia la responsabilidad quizás más crucial y atávica del cuerpo social organizado: la de transmitir de padres a hijos todo el conocimiento y toda la experiencia acumulados por el género humano hasta el día de hoy (desde la más temprana infancia posible), porque de eso depende encontrar una y otra vez un acertado modo de construir el ambiente propicio a la vida. De todo lo anterior se desprende, además, que el ser humano es un ente cultural, que requiere cultivarse y cultivar los recursos de la tierra, por sí mismo y con los demás. Eso es descubrir su finalidad, porque otorga a cada individuo la oportunidad de alcanzar una profunda visión del propio existir (la conciencia subjetiva del ser). Apreciar el valor intrínseco del hombre, de todos y cada uno de los hombres, que objetivamente son superiores a cualquier riqueza, constituye nuestro verdadero capital. Hacerlo florecer y fructificar es nuestro gran desafío. Significa utilizar nuestras vidas a favor de la vida, temporal y eterna. El origen de la auténtica felicidad radica en la armonía y la paz de espíritu que otorga a cada cual descubrir quién es y qué debe hacer. Este es el concepto de cultura que quisiéramos transmitir.

IV LA CULTURA EN CHILE

12. Nuestro concepto oficial de cultura.

En nuestro país, el concepto de cultura va encaminándose de a poco hacia una visión más integral, aunque todavía no supera esa noción extensa, vaga y difusa acuñada con el tiempo, que señalé al inicio de estas reflexiones. El primer documento oficial emitido durante la administración de la presidenta Bachelet, "Política Cultural 2005-2010, Chile quiere más cultura" (sitio Web Consejo Nacional de la Cultura y las Artes), es un extenso texto basado en citas de acuerdos y finalidades suscritas por organismos internacionales, que privilegia el rescate, pro-

moción y fomento de la artesanía, como si fuera el único agente cultural de interés nacional. Peor aún, recomienda promocionar y fomentar el “producto artesanal” y su comercialización como factor productivo, e incluso reivindicador de esa actividad. En ninguna parte se refiere a la necesidad de investigar su origen, su sentido, y las contribuciones que puede aportar al desarrollo humano de nuestra sociedad. Reduce así el concepto de cultura a la mera actividad económica, privándola de todo sentido superior al utilitarismo materialista, propio de nuestro tiempo.

Por su parte, la actual administración ha elaborado un nuevo documento oficial: “Política Cultural 2011-2016”, significativamente más desarrollado que el anterior. De partida, eleva el CNCA al rango de Ministerio de la República, y le asigna un personal interdisciplinario cercano a 110 personas, distribuidas en los siguientes niveles: ministro, subdirector, directorio, comité consultivo, consejos regionales y consejos sectoriales. Esta organización interdisciplinaria pretende fomentar a lo largo del país un rango muy amplio de actividades culturales, tanto tradicionales como emergentes, reconociendo de modo implícito que la cultura es un fenómeno diversificado del acontecer humano, y en especial un factor de desarrollo económico. Sin embargo, la inclusión en este programa cultural para el quinquenio 2011-2016 de términos tales como “producto cultural”, “mercado del arte”, o “consumo cultural”, todavía revela una acentuada concepción economicista del tema cultural. En general, y sin desconocer el valor de esta comprensión progresiva de la cultura por parte de la ciudadanía y del Estado, como asimismo las múltiples actividades de desarrollo cultural existentes en nuestro país y los significativos aportes a la cultura hechos por personas e instituciones durante nuestra historia ciudadana, aún no se advierte una visión integradora, como la desarrollada en los párrafos precedentes. La mayoría de las veces, tales aportes terminan siendo iniciativas individuales, unilaterales y unifocales, principalmente relacionadas con el desarrollo y promoción de ciertas actividades culturales, ignorando la integralidad del fenómeno cultural como elemento potenciador, no sólo del desarrollo económico, sino sobre todo del ser humano en cuanto persona, comunidad de individuos y sociedad. Así parece que en Chile, desde hace demasiado tiempo, venimos preocupándonos de un problema económico más que de un problema humano. Ciframos todas las expectativas de bienestar social en los índices de crecimiento económico, creyendo que esa mejoría proporcionará automáticamente un crecimiento humano equivalente. Si la respuesta no llega por el crecimiento

económico, entonces se confía en los cambios estructurales. En nuestros últimos 50 años de historia hemos conocido las siguientes políticas de cambios estructurales: Reforma Agraria, Vía Chilena al Socialismo, el Ladrillo de los Chicago Boys, Transición a la Democracia, Equilibrios Macroeconómicos, Asistencialismo Estatal; en resumen, mucho sobre las estructuras y nada sobre las personas. Hace mucho tiempo que estamos ciegos a la gran necesidad de un profundo cambio de enfoque cultural, centrado en desarrollar el espíritu de las personas.

13. Visión mecanicista.

Hagamos un breve paréntesis para mirar este fenómeno con más perspectiva. Da la impresión de que hasta finales del siglo XIX, tanto en Chile como en el mundo occidental, esa visión integradora de la cultura pudo estar implícita en nuestras creencias y en nuestro modo de actuar. Pero con los cambios sociales introducidos por la revolución industrial, el liberalismo económico, la respuesta socialista y el análisis marxista, comienza a imponerse cada vez más una visión mecanicista del hombre y de la realidad. Esta visión reduce toda la grandeza humana a la de una mínima pieza más dentro de una enorme estructura social indecifrible, cuyo único fin es la productividad. Una estructura productiva orientada a generar "riqueza" (metálica) a cualquier precio. Se construye así un artificio para "agregar valor" a cualquier cosa, generando una distorsión entre el precio y el valor intrínseco de cada cosa. Dentro de esta maquinaria, quienes logren comprender mejor sus complejas redes de funcionamiento detentarán el poder, en beneficio propio y en desmedro de los demás. Se genera entonces un utilitarismo que degrada a la persona; se le pone precio a la edad, a la experiencia y al sexo. En función de esa óptica, los individuos resultan más o menos productivos, más o menos útiles. Los esfuerzos de superación, de crecimiento y de plenitud personal, como asimismo la esperanza, el reconocimiento y el agradecimiento, son reemplazados en este nuevo universo mecanicista por el impersonal criterio del precio o del valor agregado al producto.

En este panorama se pierde el concepto de unidad entre la persona y su esencia, entre la persona y su sentido o finalidad. El hombre, incitado por el sentido común, incuba un enorme descontento psicosocial, que explica en gran medida el sinsentido de la vida, la ansiedad existencial y hasta el nihilismo que predomina en nuestra época, tanto en las elites favorecidas como en las masas postergadas. El ansia de mayor

riqueza material nunca se puede satisfacer. Así, todos los esfuerzos de la creatividad humana dirigidos a la invención de artefactos de bienestar, entretención y placer individual, obstruyen en cada individuo el necesario y esencial encuentro con el prójimo, o tender lazos para establecer vínculos de afecto y colaboración entre las personas, condición indispensable para construir un ambiente propicio a la vida. Esta incompreensión disruptiva del sentido de la vida desvirtúa también el trabajo, otra instancia sustancial del ser humano. En vez de ser comprendido como una fuente de crecimiento, madurez y realización humana y social, que otorga oportunidades de encuentro e intercambio entre las personas, se transforma en un instrumento de poder opresivo, o bien en un escenario en el cual se experimenta un agobiante sentimiento de dependencia, e incluso de esclavitud.

Esto explica en parte el actual incremento del individualismo. Negada la capacidad interactiva, protagónica y determinante de la persona humana, pierden todo valor la familia, la sociedad y la patria, en su significado de comunidades de afectos y de bienes. Diluidos estos conceptos en una globalidad indeterminada, se aniquilan las identidades, familiar, social y nacional, y por tanto la identidad cultural, que se reduce a una antigualla de museo o a una mera anécdota histórica. El único norte, la única meta serán Mi Opinión, Mis Derechos, Mi Poder, todo a costa de los demás. Esta cruda primacía del yo genera la cultura de la desconfianza y el antagonismo.

14. Un Chile más humanizado.

En busca de un proyecto que haga de Chile un país más humanizado, lo primero que se requiere es aclarar cuáles son nuestros vicios y carencias, lo mismo que nuestras virtudes y riquezas. En segundo lugar, se requiere de quienes se sumen a esta iniciativa una generosa, paciente y honesta actitud, para superar nuestros defectos y valorar nuestras cualidades.

15. La desculturización nacional.

Durante décadas, antes del “despegue” de la economía chilena, la pobreza endémica provocó en nuestro país una suerte de cultura de la subsistencia, de la “población callampa”, de la solución habitacional provisoria, del mundo industrial y de la producción funcionando en

destartalados galpones (hoy inconcebibles). Una cultura precaria, pobre, sufrida, indigente, casi fatal. No contar con las herramientas o los recursos para hacer frente a la pobreza, al sustrato telúrico, los aluviones y las sequías, el temporal y la marejada nos acostumbraron a hacer las cosas "a la chilena", así nomás, baratito, con lo que hay, mientras no venga otra catástrofe. Nuestro mayor orgullo social: la clase media; nuestra mayor conquista laboral: asegurar el sueldo mínimo; contentarnos con los triunfos morales, el subdesarrollo, aceptar la mediocridad, y también la miseria. Esta seudocultura o incultura local nos generó una suerte de baja autoestima psicológica, haciéndonos sobrevalorar desde hace mucho tiempo lo foráneo sobre una supuesta idiosincrasia nacional infinitamente inferior a la de países como Alemania, Estados Unidos, Japón, etc. Por décadas lo importado fue superior a lo hecho en Chile. Hoy, orgullosos de nuestro desempeño económico, comprobamos que prácticamente la mayoría, si no todos los vehículos, maquinarias, artefactos y utensilios presentes en nuestra vida cotidiana, industrial, comercial, laboral y doméstica, siguen siendo importados.

Los posgraduados más influyentes en nuestro país son chilenos de cuna, pero obtienen sus credenciales en el extranjero. A pesar de haber nacionalizado el cobre hace 40 años, todavía dependemos en gran medida de cerebros foráneos, no sólo para desarrollar la ingeniería adecuada, sino también para explotarlo y comercializarlo. Lo mismo ocurre con los grandes proyectos de infraestructura nacional de bienes y servicios, como el agua, la electricidad, la telefonía, las obras públicas y un importante sector de la banca privada. Parece que, preocupados de tanta necesidad de cambios estructurales, no nos hemos percatado de la desconfianza estructural generada entre nosotros mismos. ¿Es posible que las reivindicaciones de los llamados pueblos originarios comiencen a revelarnos, además, una sociedad frágil o una nación virtual? Finalmente, un sostenido y creciente fenómeno de degradación del lenguaje, hablado y escrito, la dificultad en la comprensión de la lectura, el desagrado manifiesto respecto del hábito de leer y la incapacidad aritmética más elemental, que afectan a grandes sectores de la ciudadanía, más que dejar al descubierto graves brechas del desarrollo integral, parecen anticipar un proceso regresivo altamente preocupante. Sin duda, esta suerte de autoflagelación cultural representa nuestro mayor obstáculo para proyectarnos como nación.

El fenómeno de la cultura, orientado a generar crecimiento, madurez, innovación, plenitud y sentido de identidad en los pueblos, en Chi-

le parece estar causando lo contrario. Sin un norte claro, sin un proyecto de país, sin encontrar el meollo de nuestra identidad, nos daremos de cabezazos contra las murallas, pero Chile nunca llegará a ser más que un Estado en vías de desarrollo.

16. Carencias.

Las actuales condiciones de Chile son muy superiores a las de la década de los 70. Casi 40 años de crecimiento económico sostenido han mejorado muchas cosas; sin embargo, se han hecho más evidentes profundas diferencias sociales. Paradójicamente, las estadísticas e índices internacionales nos sitúan a poca distancia del desarrollo; pero hay quienes sostienen que existen dos países, uno para ricos, otro para pobres, y el gran consenso es que esto no da para más. Este somero recuento se puede resumir en una palabra: carencia. Si la definición clásica dice: “el mal es la carencia del bien debido”, entonces, ¿cuál es el gran bien que nos falta?, o más bien, ¿cuántos bienes nos faltan para alcanzar el desarrollo? Por ejemplo, ¿qué nos falta para nacionalizar nuestra mentalidad y nuestra actitud frente al desarrollo y la producción, en la minería y la industria, para hacerlo como lo hacen los australianos, los neozelandeses, los canadienses o los sudafricanos? Nos falta encontrar o descubrir aquel bienestar que no procura el dinero, pero que haga posible en Chile un desarrollo social armónico e integral. Requerimos una virtud social de tal envergadura, que además de derrotar la pobreza, la droga, el alcoholismo, la delincuencia, los encapuchados, etc., nos proporcione algo más profundo, una suerte de autonomía de navegación, un sentido de la vida y una inquebrantable confianza en nuestra capacidad de superación. ¿En qué cifraremos ese bienestar? Por lo visto, el PIB y el ingreso per cápita no son suficientes, y, como ya hemos visto, tampoco lo otorgan las estructuras; por lo tanto, hay que encontrarlo en las personas. Impresiona la escasa valoración que nos otorgamos entre nosotros mismos, y asimismo al conocimiento y comprensión de nuestra historia, de nuestros logros materiales, de nuestras raíces autóctonas y europeas, de nuestras costumbres y folclore, de nuestros próceres y personajes notables. Qué anémico y fluctuante es el interés que ponemos en comprender, apreciar y valorar el pasado y nuestro tiempo actual; en suma, nuestras cosas. ¿Quién sabe algo del estado de nuestra investigación científica, en las ciencias exactas, en las experimentales, en las ciencias sociales, en el arte, en la industria? ¿Cuáles son nuestros éxitos

y contribuciones a la humanidad? ¿Quiénes son nuestros mejores exponentes en cada campo? Por el contrario, qué importancia adquieren la farándula y la última noticia, y qué superficial se torna nuestro análisis. Cuán cambiantes son nuestras consideraciones e intenciones. De tal banalidad no pueden surgir ideas renovadoras, madurez de conceptos, unidad de intenciones, identidad ni camino común.

17. Cuatro factores importantes.

En resumen, carecemos de cuatro factores necesarios para aventurarnos a desarrollar un proyecto de auténtico despegue nacional: un clima de paz, un ambiente de reflexión profunda, valorar nuestras virtudes y confiar en nosotros mismos.

Clima de paz:

El descontento social de los últimos meses revela falta de bienes mucho más básicos que el financiamiento y la calidad de la educación, siempre perfectibles como tantas otras cosas. El estado de permanente ansiedad social sólo se puede superar en un ambiente de profunda paz ciudadana, alcanzable cuando cada cual decide estar en paz consigo mismo y con los demás, cuando cada cual decide deponer las armas para dialogar. Esto significa estar dispuesto a oír cosas que no nos gusten, y buscar genuinos puntos de encuentro.

Ambiente de reflexión profunda:

Generar un espacio donde cada cual, desde su propia experiencia de vida, pueda elaborar un diagnóstico y una propuesta, buscar y desentrañar nuestros principales defectos y virtudes. ¡Pensar a fondo!, para comprender y proponer cómo superar nuestros defectos y aprovechar nuestras virtudes en bien del país. Aceptar con honesta generosidad los sacrificios que pueda implicar el destierro de algunos deportes nacionales, como robar, mentir y sacar la vuelta.

Valorar nuestras virtudes:

Por nombrar algunas, podemos comenzar por reconocer que somos inteligentes, puesto que es una facultad humana de la cual no estamos

exentos. Muchas veces se nos atribuye una chispa de espontánea rapidez, tanto para salir de una encrucijada como para superar la adversidad, reflejo de un carácter creativo e innovador. El temple y solidaridad espontánea frente a la habitual adversidad geográfica nos revela nuestro espíritu esforzado y valiente. Nuestro carácter sencillo no se doblega ante la injusticia y la agresión, pero en condiciones de normalidad respetamos el orden y las normas.

Confiar en nosotros:

Los nombres de un sinnúmero de regiones, ciudades, calles y lugares de Chile se refieren a personas y sucesos de nuestra historia que en la mayoría de los casos se desconocen. Salvo los estudiosos y eruditos, el común de los demás olvidamos muy rápido nuestra historia, la vida y obra de nuestros próceres y personajes notables. No en vano hemos acuñado la expresión “el pago de Chile” para satirizar nuestro escaso interés en reconocer oportunamente los esfuerzos de personas que contribuyen y aportan en distintas esferas al crecimiento nacional. Recién cuando mueren venimos a valorar los aportes y avances alcanzados en ciencia, en tecnología o en las artes por nuestros compatriotas. Otro aspecto muy importante es comprender mejor el legado de nuestros ancestros aborígenes sobre el respeto y veneración a la Madre Tierra y a la Madre Mar, que nos entregan frutos y bienes, y son sin duda morada de Dios, sentimiento que debiera incentivarnos a cuidar nuestro medio ambiente y recuperar un sentido tradicional de austeridad en el uso adecuado de nuestros recursos naturales. Respetar a los demás nos permitirá la solidaridad diaria, tanto o más necesaria que la que desplegamos ante las catástrofes. Otro signo de confianza en nosotros es no posponer el desarrollo e implementación de nuestras ideas, proposiciones y sueños.

Al revisar estos cuatro factores, vemos que las virtudes superan los defectos.

18. En busca de una identidad.

En el desarrollo de estas reflexiones, cada vez que he usado la palabra identidad ha sido en sentido análogo al de afinidad y semejanza, porque en estricto rigor la identidad es aquello que distingue a una persona de las demás y revela la originalidad del individuo. Pues bien, hay

rasgos que distinguen algunos pueblos de otros; por de pronto, ciertos rasgos físicos, el lenguaje y el carácter. Por ejemplo, los rasgos chilenos son distintos a los de nuestros vecinos y a los de naciones más alejadas. Podríamos reconocer también diferencias de idiosincrasia. En este sentido, nuestra reflexión debiera orientarse a la búsqueda de un bien superior, o al menos de un rasgo que nos caracterice como nación. Sin perder los logros económicos alcanzados, podríamos proponernos generar ese gran bien espiritual que es la paz interior, punto de partida que permite a cualquier pueblo conquistar valores y virtudes que lo hacen verdaderamente desarrollado. En segundo lugar, podemos instaurar en ese clima de paz un espacio de reflexión profunda, donde el aporte de todos haga surgir iniciativas innovadoras en pos de lo que realmente necesitamos. Un tercer paso sería, en un país donde habitualmente se tienen más claros los defectos, empezar a considerar seriamente cuáles son nuestros genuinos bienes y virtudes. Importa, y mucho, abrir nuestros registros mentales para descubrir el valor de nuestra sociedad, nuestro sello e identidad. No nos conformemos con la cueca, las empanadas y el vino tinto. ¿Qué es propio de Chile y sus habitantes? Tenemos que descubrir o desenterrar el fundamento de nuestra verdad, bondad, unidad y belleza, hacerlo patente, casi un eslogan. A partir de estas tres conquistas: paz interior, un lugar para la reflexión y encuentro de nuestra singularidad, recién podríamos construir el cuarto peldaño esencial: estimular un genuino aprecio entre nosotros. Si logramos comenzar a considerar los hechos y las cosas bajo estos parámetros, creo que Chile podría iniciar un despegue ejemplar e inusitado. En especial, necesitamos promover en las generaciones actuales, no sólo en académicos y estudiantes, sino en todas las personas, la convicción de que una verdadera responsabilidad sobre el desarrollo personal es una obligación moral y ética, con la cual yo puedo contribuir con eficacia al bien común. Debemos suscitar una corriente de opinión y una corriente de vida tendiente a descubrir cada uno su propio ideal personal, que represente el pequeño grano de arena con el que yo contribuiré al bien de los demás. Ese comportamiento personal define una conducta social, un modo de valorar los hechos y las cosas, una forma de hacer que con propiedad se llama cultura. Concretamente, el desafío es: ¿en qué puedo contribuir yo, hoy y ahora?

19. Las etnias originarias

Sin mayor conocimiento de los pueblos originarios, de un modo muy sucinto, miremos a nuestros compatriotas de origen aymará, mapuche y Rapanui, porque el resto de las etnias que poblaron el territorio chileno precolombino se encuentran extinguidas. De acuerdo a los cánones técnicos tradicionales, estas tres etnias no constituyen pueblos o naciones, puesto que componen organizaciones sociales elementales, congregadas principalmente en torno a la familia o grupos de familias ubicadas en un determinado territorio sin fronteras estrictas o delimitadas (excepto los Rapanuis, que habitan en una isla). Su actividad económica se concentra en la recolección de frutos, la caza, la pesca, y en una incipiente horticultura y pastoreo; seminómadas y semisedentarios, su arquitectura se reduce a la choza aymará y la ruca mapuche. Desarrollaron una economía del trueque, una artesanía textil y una alfarería elementales. Fabricaron utensilios, herramientas y armas con maderas, piedras y cueros. Sólo los mapuches desarrollaron una incipiente orfebrería metálica, posterior a la llegada de los españoles. En su cosmogonía hay una especial reverencia hacia la tierra, considerada sagrada, tanto por ser proveedora de frutos y de bienes para la vida, como por ser morada de los dioses. Sus tradiciones, transmitidas oralmente (carecen de escritura), son escuetas y provistas de unos pocos ritos, símbolos y juegos.

Si bien existen personas e instituciones que han hecho mayores estudios sobre nuestras etnias originarias, el común de los chilenos no sabemos mucho más de nuestros ancestros aborígenes que lo señalado en este apretado resumen. En altísimo porcentaje, los integrantes de estas etnias están mezclados con el resto de los chilenos, y existe un número muy reducido de individuos de raza puramente aborigen. Los movimientos de reivindicación de los llamados pueblos originarios, apoyados y fundados en definiciones de organizaciones internacionales, desconocen nuestra realidad, en la cual el mestizaje ha incorporado a la mayoría de estas etnias al ámbito nacional; de este modo, existen entre otros, profesionales, empresarios, políticos, artistas, etc., de origen étnico local, por ascendencia paterna o materna, y por ambas también. En este sentido, no corresponde decir que actualmente sufran persecución o segregación étnica, si bien pudo ocurrir en el pasado. Tampoco se puede desconocer que hoy, en condiciones de extrema pobreza, tienen las mismas dificultades de acceso a los beneficios sociales que sufre cualquier chileno en dicha condición. La reivindicación aborigen debe

ser considerada con la seriedad que requiere, puesto que constituye una legítima manifestación de carácter cultural, de la cual corresponde extraer todos sus aportes a nuestra cultura e identidad nacional.

Parece en extremo delicado pretender otorgar hoy un estatus diferenciado a las etnias originarias y crear con ello un conflicto social artificial. Es necesario advertir además que los crecientes procesos de conurbación (absorción de importantes porciones del territorio rural por la extensión y acoplamiento de asentamientos urbanos) ya no permiten mantener aquellos hábitos ancestrales de ruralidad propios de los pueblos aborígenes. Quienes intentan proteger nuestras culturas ancestrales insistiendo en mantener pequeñas comunidades de personas en ese precario estado de vida, las obligan a permanecer aisladas, marginadas y excluidas de los beneficios sociales del resto del país. Por el contrario, es imperioso hacer los esfuerzos de integración en un clima de respeto, valoración y reconocimiento, similar en estima y dignidad a la de cualquier chileno.

19. Una convocatoria.

Es aquí donde cobra valor establecer un lugar donde pensar y hacerlo a fondo, donde plasmar e impulsar iniciativas que reúnan e integren la visión intelectual y los requerimientos prácticos de la vida. Quizás crear una entidad consultora, de carácter apolítico, para instituciones y personas, políticos, empresarios, emprendedores, educadores, jóvenes y viejos, tanto para formar como para difundir antiguas y nuevas ideas, mediante una reflexión centrada en la persona, en su valor intrínseco, porque ahí radica el recurso esencial de cualquier desarrollo. Este esfuerzo personal y mancomunado, enfocado hacia una visión de país más integrada, beneficiaría al innumerable y a veces tan desconocido elenco de iniciativas particulares, empresariales e institucionales, públicas y privadas de beneficencia, filantropía y promoción social que actúan en forma independiente, sin un horizonte común. Uno de nuestros objetivos protagónicos debiera ser convocar, reunir, organizar y coordinar a quienes individualmente, o agrupados en alguna organización, quieran aportar su conocimiento, experiencia y disposición de colaborar para hacer de Chile un país más humanizado. Generar este interés en las universidades, en las comunas, provincias y regiones, en las agrupaciones vecinales, educativas, sindicales, políticas, etc. Fundar un gran órgano social intermedio de estudio, que se gane rápidamente

un prestigio y un respeto suficientes dentro de nuestro país, para considerarlo el primer referente nacional, apolítico y aconfesional, orientado por los principios y valores de la cultura cristiana occidental. Un órgano que colabore como consultor de otras instituciones de la nación, concretamente el Parlamento, o bien como proponente e impulsor de iniciativas legislativas. Como formador de líderes, como ente receptor y propulsor de capital semilla para proyectos de innovación científica, industrial, comercial, cultural, o de cualquier tipo de desarrollo social. La única condición debiera ser la independencia política, indispensable para permitir un intercambio objetivo de ideas y propuestas en un ambiente de colaboración, de transferencia de sabiduría y sentido común entre los mundos del intelecto y la praxis.

20. Una meta.

El desafío está en reconocer que el fundamento incommovible de una cultura verdaderamente humana descansa únicamente en la verdad ontológica del hombre y la realidad. Esto requiere asumir, en todo su significado, que cada persona es un ser espiritual y material fundido en una sola sustancia, y que la experiencia subjetiva-corporal pertenece a esa misma esencia. Comprender esta condición nos permite atrapar la forma potencial del desarrollo humano, puesto que implica una visión profunda, intensa y vital, que valora la compleja dignidad de cada persona, como sujeto único, original e irrepetible, y como ser espiritual encarnado, intersubjetivo, capaz de asumir su yo, reconocer un tú, y simultáneamente su necesidad de entablar relaciones y vínculos recíprocos de respeto y genuino afecto. Así la cultura pasa a ser una realidad de todos los individuos, donde se construyen afinidades y semejanzas, sin destruir las originalidades individuales.

Esta no es una tarea fácil; requiere esfuerzo y compromiso personal y social, principalmente de respeto y fraternidad. Significa remontar la corriente del egoísmo personal, y también el torrente de concepciones artificiales y reduccionistas que consideran la naturaleza humana y la realidad un simple fenómeno de la materia, igualitario y uniforme. Esa visión petrifica la cultura, haciéndola refractaria a toda posibilidad de cambio y creación individual; suprime la libertad y asegura el imperio de los poderes fácticos o de las cúpulas políticas, cuyo único contrapeso es la anarquía popular, ambiente igualmente hostil al desarrollo cultural. Sorprende entonces cómo las personas enumeran las cosas según

su propio orden de importancia: trabajo, salud, vivienda, seguridad, familia, educación, costumbres, cultura. ¿Por qué dejar la cultura al final? Las presentes reflexiones, además de proponer invertir el orden de nuestras prioridades, pretenden intencionadamente estimular el inicio de un debate serio y profundo, orientado a encontrar y establecer una base cultural fundada en los rudimentos de la cultura cristiana occidental, que permita instaurar en Chile un ambiente inclusivo, de paz y confianza, para la reflexión eficiente y eficaz. Así podremos definir nuestra verdadera esencia humana, nuestro sello propio o identidad, y determinar un norte al desarrollo nacional, una auténtica meta de país, que asocie e integre las múltiples iniciativas personales y colectivas para hacer de Chile un país más humanizado.

Los desafíos de una cultura humanista

Annamaria Barbera, Claudio Abarca.

El objetivo esencial de nuestro naciente Foro Republicano es impulsar en nuestro país un proceso de cambios que permitan a todos sus habitantes alcanzar condiciones de vida verdaderamente humanas. El presente trabajo quiere contribuir a precisar lo que necesitamos hacer para abordar eficazmente tan enorme y espléndida tarea.

A primera vista, semejante cometido puede parecer utópico. Sin embargo, los hechos nos dicen que no lo es, porque responde a la demanda más apremiante que hoy emerge en casi todos los sectores de la ciudadanía.

Esa demanda se ha arrastrado durante décadas, y ha levantado toda clase de reclamos ciudadanos. Incluso reclamos de fondo, que continúan sin ser resueltos. Pero ahora parece estar alcanzando un clímax que no admite más postergaciones.

De esta manera, un Chile mejor para todos no es una empresa imposible, porque es lo que todos deseamos. Pero es también una empresa incógnita, puesto que aún no está definido en qué puede consistir ese Chile mejor. Hay voces que pretenden definirlo, sobre todo en el ámbito político, pero discrepan unas de otras, generando así un panorama disperso, confuso, e incluso antagónico. En todo caso, el sentido común nos dice que para avanzar hacia ese inédito futuro no podemos hacerlo a tuestas, o en distintas direcciones, y que sólo podremos acometer con éxito tal aventura si contamos previamente con una carta de navegación que nos señale el verdadero rumbo, es decir, con un proyecto que acoja por fin todo lo que requiere nuestro país para ser realmente más humano.

A nuestro juicio, uno de los primeros requerimientos que ese pro-

yecto le plantea a nuestro Foro Republicano es llevar a cabo una exhaustiva revisión crítica de nuestros modelos y parámetros culturales.

Es posible que una sugerencia así sorprenda a quienes están leyendo este trabajo. ¿Por qué embarcarse en ese tipo de revisión, que nadie está haciendo hoy a nivel político, y casi nadie a nivel privado? **Porque ahí radican las causas más determinantes y al mismo tiempo más inadvertidas de la múltiple y compleja problemática que hoy enfrenta nuestro país.**

Lo sepamos o no lo sepamos, nuestra urdimbre cultural se ha constituido en un poder multiactivo, que está oscureciendo y bloqueando de muchas maneras nuestras vidas, hasta un punto que pocos perciben o sospechan. Por lo tanto, investigar su configuración, y asimismo todos sus alcances y consecuencias, es una exigencia básica e ineludible de la tarea que hemos asumido.

Pero eso nos sitúa de entrada ante una pregunta de cuya respuesta depende todo lo demás: ¿qué es realmente la cultura?

La respuesta que demos a tal interrogante reviste una importancia crucial, porque el mundo en que hoy vivimos nos ofrece una serie de respuestas precarias y unilaterales, emanadas de diversos equívocos, e incapaces de sustentar un auténtico proyecto humanista. Entre esos equívocos están los que reducen la cultura a los ámbitos del arte y la creación literaria, los que la identifican con la adquisición erudita de conocimientos enciclopédicos, los que la confunden con el folklore, y hasta los que han acuñado una versión popular circunscrita al desarrollo de las actividades artesanales. Esos reduccionismos, a los cuales se agregan visiones ideológicas divergentes, generan iniciativas y programas de fomento cultural, tanto estatales como privados, que privilegian una u otra de las mencionadas áreas, y que dejan fuera el significado esencial de la cultura: **el protagonismo causal que ejerce sobre todo lo que ocurre en los conglomerados sociopolíticos (países, naciones, etc.), y asimismo en las vidas humanas.** Ese significado es el que necesitamos esclarecer en nuestro Foro, para responder idóneamente a los imperativos culturales de un futuro más humano para Chile.

Creemos que un buen punto de partida para dicho esclarecimiento es examinar sintéticamente las definiciones de cultura formuladas en nuestra época, pues nos revelan una perspectiva predominante, a través de la cual es posible entender mejor lo que culturalmente está ocurriendo en el mundo actual, por lo menos en Occidente, y por “derribo” en nuestro país.

Sorprendentemente, ese recorrido nos permite constatar que la mayoría de dichas definiciones no son tales, sino más bien descripciones de los ámbitos que ha cubierto *de facto* el proceso cultural a lo largo de la historia. Se trata de registros meramente empíricos o historicistas, ya que se abstienen de emitir juicios críticos sobre las múltiples trayectorias y cristalizaciones de la cultura, con lo cual dan a entender implícitamente que todas constituyen concreciones igualmente válidas de esta aventura humana. La mayor parte provienen de antropólogos y sociólogos, que investigan la cultura en sus diversificaciones étnicas, y que suelen hacerlo desde una óptica marcadamente relativista, y por lo tanto acrítica. Las siguientes descripciones, seleccionadas entre las más relevantes formuladas en las últimas décadas, corroboran ese enfoque “neutro” del fenómeno cultural, adoptado como único método genuinamente científico. (Para el cientificismo contemporáneo, el investigador sólo debe examinar los fenómenos como son en sí mismos, sin aplicarles ningún criterio de evaluación, pues si lo hace, les introduce un factor foráneo y distorsionante, y su trabajo deja de ser científico).

Descripciones culturales contemporáneas

Edward Burnett Tylor. “Cultura o civilización, en su sentido etnológico más extenso, es un todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres, y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”.

Alfred Kroeber considera la cultura como “... la mayor parte de las reacciones motoras, los hábitos, las técnicas, ideas y valores aprendidos y transmitidos, y la conducta que provocan... Es el producto especial y exclusivo del hombre, y es la cualidad que lo distingue en el cosmos”.

Franz Boas. La cultura “... incluye todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones del individuo en la medida en que se ven afectadas por las costumbres del grupo en que vive, y los productos de las actividades humanas en la medida en que se ven determinadas por dichas costumbres”.

Bronislaw Malinowsky. La cultura “incluye los artefactos, bienes, procedimientos, técnicas, ideas, hábitos y valores heredados... El lenguaje forma parte integral de la cultura... no es un sistema de herramientas, sino más bien un cuerpo de costumbres orales”.

Leslie White. “La cultura consiste en herramientas, implementos,

vestimenta, ornamentos, costumbres, instituciones, creencias, juegos, obras de arte, lenguaje...”.

Thomas Huxley. Plantea que la cultura “... es, pues, la clase de cosas y acontecimientos que dependen del simbolizar, en cuanto son consideradas en un contexto extrasomático”.

Roger Keesing. Describe la cultura como “... la totalidad de la conducta aprendida transmitida socialmente”.

Fred Plog y Daniel Bates. “Es el sistema de creencias, valores, costumbres, conductas y artefactos compartidos, que los miembros de una sociedad usan en interacción entre ellos mismos y con su mundo, y que son transmitidos de generación en generación a través del aprendizaje”.

Spiro. “La cultura es una construcción lógica abstraída a partir de la conducta humana observable, y que tan sólo tiene existencia en la mente del investigador”.

Cornelius Osgood. “La cultura es todo aquel cúmulo de ideas y conductas del agregado de seres humanos que uno ha observado directamente, o que han sido comunicadas al propio intelecto, y de las que uno se ha hecho consciente”.

Clifford Geertz describe la cultura como “ideas basadas en el aprendizaje de símbolos”, y la concibe como un mecanismo de control: planos, recetas, reglas, construcciones. “La cultura es esa urdimbre, y el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”.

Kotler. “La cultura es el conjunto de esquemas mentales y de conducta mediante los cuales la sociedad consigue una mayor satisfacción para sus miembros”.

Para Claude Lévi-Strauss, la cultura es básicamente un sistema de signos producidos por la actividad simbólica de la mente humana (visión estructuralista).

Roy Rappaport. “... la cultura en sí pertenece a la naturaleza. Emergió en el curso de la evolución mediante procesos de selección natural diferentes sólo en parte de aquellos que produjeron los tentáculos del pulpo... Aunque la cultura está altamente desarrollada en los seres humanos, estudios etológicos recientes han indicado alguna capacidad simbólica entre otros animales... Las culturas pueden imponerse a los sistemas ecológicos, pero hay límites para esas imposiciones, ya que las culturas y sus componentes están sujetos a su vez a procesos selectivos”.

Kluckhohn. Describe la cultura como diseños de vida históricamente creados, implícitos y explícitos, racionales, irracionales y no ra-

cionales, que pueden existir en un momento dado como guías potenciales para el comportamiento de los hombres.

Para Dirks, la cultura es contingente, coyuntural, inventada, negociada y manipulada.

WIKIPEDIA: “La cultura es el conjunto de todas las formas de vida y expresiones de una sociedad determinada. Como tal incluye costumbres, prácticas, códigos, normas y reglas de la manera de ser, vestirse, religión, rituales, normas de comportamiento y sistemas de creencias. Desde otro punto de vista podríamos decir que la cultura es toda la información y habilidades que posee el ser humano. El concepto de cultura es fundamental para las disciplinas que se encargan del estudio de la sociedad, en especial para la antropología y la sociología”.

Tenemos por último la descripción oficial de cultura emitida por la UNESCO en 1982, en la que se insinúa una óptica levemente menos empírica, pues señala como componentes culturales “los rasgos espirituales y los derechos fundamentales inherentes al ser humano”, aunque sin precisar cuáles son.

“La cultura... puede considerarse... como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales inherentes al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias”.

Como podemos apreciar, estas descripciones (salvo quizás la de la UNESCO) coinciden en que la cultura es un proceso **fáctico**, que se ha dado como se ha dado, sin ceñirse a ningún paradigma normativo situado por encima del proceso mismo, y que pueda dictarle los rumbos por los que debe transitar.

Sin embargo, la interpretación empírica o historicista de la cultura ha sido cuestionada por otros investigadores, entre ellos por Marshall Sahlins en el documento titulado *A Brief Cultural History of Culture*, presentado en agosto de 1994 a la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo:

“Cuando no se distingue entre ‘cultura’ en el sentido humanista del término y ‘cultura’ en su acepción antropológica, es decir, el conjunto de rasgos distintivos que caracterizan el modo de vida de un pueblo o de una sociedad, se origina una gran confusión, tanto en el discurso académico como en el político. Desde el punto de vista antropológico, la expresión ‘relación entre cultura y economía’ carece de sentido, puesto

que la economía forma parte de la cultura de un pueblo... En efecto, la ambigüedad de una expresión semejante constituye el principal escollo ideológico para la Comisión: ¿es la cultura un aspecto o un instrumento del desarrollo, entendido en el sentido de progreso material, o es el objetivo y la finalidad del desarrollo, entendido en el sentido de realización de la vida humana en su totalidad, bajo sus múltiples formas?"

Hay muchas otras descripciones análogas de la cultura, pero consideramos innecesario incluirlas aquí, pues todas coinciden en señalar más o menos los mismos componentes empíricos de las diversas cristalizaciones culturales.

En todo caso, sintetizando los enfoques fácticos, nos parece acertado describir la cultura como la acumulación progresiva de todas las creaciones humanas que han adquirido carácter colectivo: lenguajes, religiones, creencias, teorías filosóficas, creaciones artísticas, descubrimientos científicos, avances tecnológicos, normativas legales y morales, instituciones, costumbres, códigos sociales, etc., etc.

El modelamiento cultural de las conciencias

El punto central, a nuestro juicio, es preguntarnos qué valor tiene esta perspectiva empírica, es decir, en qué medida nos sirve o no nos sirve para formular un modelo verdaderamente humanista. Pensamos que tal pregunta tiene en principio dos respuestas directamente vinculadas con ese objetivo.

Por una parte, dicha perspectiva no es incompatible con un auténtico humanismo, pues registra objetivamente la múltiple trayectoria seguida por el fenómeno cultural a través del tiempo, y en realidad la cultura es un dinamismo histórico no regido por ninguna normativa previa, que se ha ido dando a sí mismo sus propios rumbos y concreciones. En consecuencia, las investigaciones llevadas a cabo en este sentido por la antropología y la sociología, que se están extendiendo incluso a los modelos culturales del Occidente contemporáneo, pueden proporcionarnos un cuadro bastante representativo del heterogéneo escenario sobre el cual tenemos que actuar para proponer e impulsar nuestro proyecto humanista.

Por otra parte, la perspectiva fáctica es al mismo tiempo incompleta, e incluso trunca, porque las culturas afectan poderosamente las vidas humanas, para bien o para mal, y esa gravitación no admite un enfoque neutro. Requiere ser investigada en todos sus alcances y conse-

cuencias, y luego enjuiciada, no desde un paradigma superior configurado a priori, o basado en algún credo religioso, sino **examinando los efectos que cada una ha provocado en el pasado y está provocando hoy en las vidas reales**. No existe otro criterio evaluatorio más objetivo que éste.

Ahora bien, cualquier intento de evaluar el fenómeno cultural debe considerar dos factores cruciales. El primero es que la cultura no constituye un proceso monolítico, que haya cumplido una trayectoria uniforme para toda la humanidad, pues se ha ramificado en un sinnúmero de cristalizaciones disímiles elaboradas por los diversos conglomerados humanos, cada una de las cuales se ha configurado como **un modelo cultural específico**. El segundo es que, al margen de sus creaciones concretas, todo modelo cultural se consolida en última instancia como una interpretación más o menos global de la realidad y de la vida humana, es decir, como un sistema de creencias colectivo, que pretende establecer y a veces imponer **una manera estándar de pensar, sentir y actuar**, y que opera como poderoso e incluso férreo condicionante de las conciencias humanas.

Pero las creencias culturales no son “neutras”, como supone el relativismo empírico. Siendo elaboraciones meramente humanas, pueden concordar con la realidad objetiva del mundo y del hombre, o desconectarse de esa objetividad en mayor o menor grado, y en esa medida se convierten en paradigmas erróneos, y en algunos casos en artificios contra natura. Más aún, esa desconexión de lo real se constata en casi todos los modelos culturales.

Quizás el efecto más negativo de los modelos culturales erróneos es que, mientras mayor es su influencia social, más condicionan las conciencias, las conductas y los modos de vivir, bloqueando y hasta impidiendo el ejercicio de la libertad y el despliegue de las identidades individuales.

Finalmente, los modelos culturales generan sistemas, instituciones, códigos y moldes de vida concretos, que condicionan aún más a quienes se encuentran sometidos a ellos, pues casi no dejan alternativas disponibles.

El alma invisible de Occidente

Ese condicionamiento es el efecto más dramático provocado en nuestro país por los erróneos paradigmas que hoy gravitan sobre nues-

tras vidas. Y tal efecto no depende de que conozcamos o ignoremos esos paradigmas, porque operan por sí solos, casi sin que nos demos cuenta. De hecho, la mayoría de los chilenos ni siquiera saben que existen, o lo saben vagamente, o si lo saben no les asignan mayor importancia, pensando que son sólo fórmulas teóricas, que sirven para alimentar las discusiones de intelectuales y filósofos, pero cuyo significado es más o menos irrelevante para el mundo real. Y sin embargo, están afectados día a día por esos paradigmas, tanto en su vida concreta como en sus percepciones mentales y en sus experiencias psicosomáticas. Configuran así **un poder subterráneo**, que opera a través de las estructuras visibles de nuestra sociedad (constitución, leyes, instituciones, sistema educativo, laboral y económico, códigos sociales, pautas de valores, etc.), moldeando esas estructuras a su imagen y semejanza, y condicionando de la misma manera las conciencias y las vidas humanas. Esa trama casi inadvertida es la causa de fondo de la múltiple y compleja problemática que hoy recorre nuestro país, y asimismo de las que enfrentó en el pasado, desde el momento mismo de nuestra independencia.

Hoy vivimos condicionados, en Chile y en el resto de Occidente, por una espesa y contradictoria red de modelos culturales, cuya influencia es extraordinariamente disímil. Pero los que ejercen una influencia mayor, al punto que están determinando protagónicamente la marcha del mundo, han sido incubados por las llamadas Filosofías de la Modernidad, cuya génesis común es el materialismo ideológico. Entre esos modelos están el empirismo, el relativismo, el cientificismo¹, la tecnocracia², el progresismo, el economicismo, el pragmatismo utilitario, el hedonismo, el colectivismo, el individualismo, el liberalismo, el socialismo original y el socialismo “renovado”, la democracia representativa, el Estado Benefactor, etc. A primera vista, tales “ismos” parecen configurar algo así como una Torre de Babel. Pero ese espectáculo es sólo aparente. De hecho, todos son sólo variables derivadas de un mismo paradigma nuclear, que ha reducido la realidad a una sola dimensión: la materia, y la vida humana a las expectativas puramente empíri-

1. El cientificismo es una teoría no científica, que privilegia la ciencia experimental y matemática como la única opción válida del conocimiento humano, y que declara falsas e inútiles todas las demás (filosofía, teología, intuición estética y emocional, etc.). Constituye así una visión dogmática, no compartida por un buen número de científicos.
2. La tecnocracia puede definirse como la pretensión de gobernar el mundo mediante la tecnología, otorgándole el poder de modelar cada vez más las vidas y destinos humanos.

cas de esa dimensión única, expulsando de sus articulaciones todas las opciones del espíritu, y peor aún, los requerimientos superiores y más esenciales de nuestra naturaleza. Ese macroparadigma es el modernismo, que ha logrado entronizarse como una especie de “alma invisible” de Occidente.

Uno de los muchos equívocos contemporáneos es que casi todo el mundo cree que el modernismo es la acumulación de avances científicos y tecnológicos logrados por la civilización occidental en los últimos dos siglos. Es otra de las creencias erróneas de nuestro tiempo. Esos avances no son modernistas, porque no los ha generado el modernismo, sino los científicos y los tecnólogos. **El modernismo no es más que una ideología promulgada por el materialismo filosófico**, que ha distorsionado el significado de tales avances, asignándoles una función exclusivamente utilitaria, y que ha investido a la ciencia y la tecnología de un aura mesiánica, exaltándolas como una especie de demiurgo del futuro, como nuestra única expectativa de una vida mejor. Esa ideología, que impregna casi todos los espacios de nuestra vida, es una de las sustancias más tóxicas que hoy respiramos en Occidente.

Evidentemente, existen en nuestro tiempo modelos no materialistas de la realidad y del hombre, sobre todo de carácter religioso. Pero su influencia es marginal, pues los verdaderos rumbos del mundo están siendo trazados por el modernismo a través de sus múltiples brazos operativos, cuyas puntas de lanza son precisamente el científicismo, el vértigo tecnológico y el economicismo, concertados en un designio de progreso cada vez más distante del hombre real (progresismo). Más todavía, un gran número de los que se consideran “creyentes” se encuentran hoy contaminados, en mayor o menor medida, por los códigos y los imperativos modernistas de nuestra época.

La densa e interactiva red de sistemas, instituciones, dinamismos y modos de vida concretos generada por la Modernidad está provocando toda clase de dicotomías y estragos humanos. En la educación, en el trabajo, en la política, en la familia, en la convivencia social, en la economía, en el estancamiento endémico de la pobreza a nivel mundial, y en todos los demás ámbitos de la vida. Algunos de esos estragos están a la vista, y cada día nos dan cuenta de ellos los medios de comunicación. Sin embargo, los más graves escapan a los registros empíricos, y casi no se mencionan, pues afectan la condición esencial del ser humano, y se perciben sobre todo en la intimidad de las conciencias. La extensión de este trabajo no permite examinarlos aquí, pero configuran la carga más

agobiadora de muchas vidas, una carga secreta de experiencias infelices.

Esa carga secreta está siendo detectada en un grado impresionante por numerosos estudios clínicos realizados en muchos países de Occidente, y también en Chile, que revelan un creciente aumento de las patologías mentales. Según un reciente informe entregado por el psiquiatra Raúl Riquelme, presidente de la Sociedad Chilena de Salud Mental, un 35% de la población de nuestro país ha sufrido o sufre algún trastorno psicosomático, y los más frecuentes son la depresión, la angustia y los ataques de pánico. Otro estudio señaló que Santiago es la capital que registra el mayor porcentaje de depresivos en el mundo. Por su parte, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha pronosticado que en el año 2020 la depresión será la segunda causa de enfermedades a nivel planetario. Y éstos son sólo algunos de los cientos de diagnósticos que confirman el mismo cuadro.

Peor aún, la trama intersistémica engendrada por el modernismo se ha constituido en un impedimento granítico, que nos hace dar vueltas una y otra vez en el mismo círculo, sin poder encontrar las salidas restauradoras, pese a todos los intentos y a todas las medidas de “mejoramiento” aplicadas durante tantos años por los sucesivos gobernantes y legisladores que se han hecho cargo de la conducción del país. De una u otra manera, algo análogo ocurre en el resto de Occidente, e incluso a escala planetaria.

Sin embargo, al cabo de tres siglos de supremacía hegemónica en el hemisferio occidental, el materialismo modernista, junto con todo su séquito ideológico y operativo, está alcanzando el clímax de su inoperancia sociopolítica, y dejando por fin a la vista su incapacidad de responder a los más fundamentales requerimientos humanos. Tampoco en el pasado respondió a esos requerimientos, aunque logró ocultarlo durante mucho tiempo, mediante sus rutilantes promesas de progreso y bienestar. Pero las sucesivas crisis de todo orden que hoy recorren el mundo lo están señalando inequívocamente como el gran responsable de los descalabros contemporáneos, aunque sus ideólogos y conductores se empeñen en no reconocerlo. Es por lo tanto un modelo fracasado, que agotó sus ilusionismos y consignas, y no da para más. Necesitamos reemplazarlo por un nuevo paradigma cultural y sociopolítico, concebido de una vez por todas al servicio del hombre real, y no de los sistemas que lo desfiguran y confiscan para someterlo a sus propios designios. Un paradigma que asigne también su verdadero lugar y su

verdadero significado humano al desarrollo económico y a los avances científicos y tecnológicos.

Aun así, pese a su rotundo fracaso, la hidra sistémico-materialista de la Modernidad continúa rigiendo la marcha del mundo, respaldada por poderes económicos y políticos que dependen de su supervivencia. Y también Chile se encuentra atrapado en su órbita. En estas circunstancias, nuestro Foro Republicano parece enfrentar un escenario erizado de factores adversos. No sólo debemos pensar y proponer un auténtico humanismo, sino simultáneamente desenmascarar y desarticular en nuestro país este paradigma ubicuo y contra natura, cuyos metabolismos se alimentan recíprocamente. Y esa tarea nos exigirá poner en juego toda nuestra creatividad, hasta encontrar formas realmente eficaces de empezar a revertir el cuadro, alumbrándolo con expectativas definitivamente humanas.

La clave humanista esencial

Ante este enorme desafío, necesitamos encontrar una óptica común y coherente, que pueda ser enriquecida por todos nuestros aportes individuales, y que al mismo tiempo nos evite dispersarnos en otra heterogeneidad que no nos conducirá a ninguna parte.

El asunto crucial es identificar cuáles son los requerimientos fundamentales de un auténtico humanismo, y convertirlos en el hilo conductor de nuestro proyecto, en todos sus alcances y articulaciones,

Esos requerimientos no son ideológicos, y tampoco dependen de nuestros pareceres o puntos de vista. Emanan de la condición humana natural y esencial, que persiste inmutable bajo todos los modelos culturales y vaivenes históricos, y que es la única que puede permitirnos articular una propuesta realmente humanista para el Chile del futuro.

El libro de Sebastián Burr *Hacia un nuevo paradigma sociopolítico*, publicado en septiembre del 2010, investiga extensamente la condición humana esencial, basándose sobre todo en los desciframientos antropológicos de Aristóteles y Tomás de Aquino, los más completos y realistas alcanzados hasta ahora en la historia del pensamiento. Y revisa desde esa perspectiva toda la problemática contemporánea, emitiendo diagnósticos extraordinariamente esclarecedores, y entregando propuestas concretas para impulsar en nuestro país cambios que apunten por fin al ascenso humano de todos los chilenos. Esos análisis y planteamientos son los que mejor pueden configurar en nuestro Foro una óptica común,

y queremos invitar a todos a revisarlos y comentarlos detenidamente, lo que incluso nos ahorrará el trabajo de investigarlos por cuenta propia. Por lo demás, el libro de S. Burr contribuyó a dar origen a nuestro movimiento, y es por lo tanto lógico convertirlo en marco de referencia de nuestras reflexiones, iniciativas y acciones futuras.

Nos hemos embarcado en una inmensa aventura, la más necesaria y urgente que demanda la encrucijada en que hoy nos encontramos. Si logramos plasmar nuestras energías, buenas intenciones y propósitos en un proyecto unitario y coherente, nuestro movimiento adquirirá un magnetismo capaz de contagiar e involucrar progresivamente a muchas otras voluntades, porque apelará a lo que todos en el fondo desean, consciente o inconscientemente: ser más libres, más capaces, más autosuficientes, más personas, más dignos y valiosos, más dueños de sus vidas y sus destinos. En último término, más humanos. Y en consecuencia, más felices.

Impreso por Ediciones Mar del Plata
Fono: 09-94024252 • edicionesmardelplata@gmail.com